

## Segunda mano

*(El fragmento que se muestra a continuación ha sido extraído de un foro de internet).*

La verdad es que no sé muy bien por donde empezar... llevo mucho tiempo planteándome si contar lo sucedido y, a día de hoy, sigo teniendo serias dudas. Las pocas personas que se tomen la molestia de leer esta publicación pensarán que debería haber hablado con la policía. Y puede que tengan razón. Sin embargo, desde mi punto de vista no resulta tan sencillo. Por un lado, estoy tan acojonado que apenas me atrevo a escribir estas líneas pese a hacerlo desde el anonimato que ofrece una web cualquiera como esta. Para que os hagáis una idea, el ordenador que estoy utilizando tiene una VPN que oculta mi IP a fin de asegurarme de que nadie (o más bien alguien) pueda encontrarme. Además, no sé hasta qué punto soy cómplice de lo ocurrido... sea como sea, creo que no podré dormir tranquilo si no hago pública esta información de algún modo. Como ya he dicho, probablemente ésta no sea la mejor manera de hacerlo. Quizás debería dar la voz de alarma a las autoridades o a la prensa, pero, sinceramente, no me veo capacitado. Si al menos sirve para evitar que alguien se vea en la misma situación, será suficiente. En fin, no quiero darle más vueltas... la cuestión es que hace unos meses me contactó una persona a través de la típica aplicación que todos usamos para comprar y vender objetos de segunda mano: ropa, videojuegos, libros.... Desde un principio me desconcertó que aquel desconocido estuviese interesado en una novela gráfica que llevaba anunciada en mi perfil más de un año y por la que nadie me había preguntado hasta ese momento. Aun así, tras todo lo que vino después, ese detalle no deja de ser una simple curiosidad. Recuerdo que eran más de la una cuando el sonido del móvil logró despertarme. Medio dormido, estiré el brazo hacia la mesita con una sola idea: poner el teléfono en silencio y continuar durmiendo. Cuando deslicé el dedo por la pantalla, apareció la alerta que previamente había interrumpido mi descanso. En ella podían verse las sencillas palabras que marcarían el punto de partida a mi pesadilla: << *¿Está disponible?* >>. Teniendo en cuenta la hora que era y el sueño que tenía, pensé en ignorar el mensaje y limitarme a quitar el sonido del móvil para poder descansar tranquilo, no obstante, la extraña frase despertó mi curiosidad. ¿Qué sentido tiene preguntar sobre la disponibilidad de un producto cuando la aplicación refleja claramente si está reservado o ha sido vendido previamente? Durante unos segundos miré la pantalla adormilado. Sin saber aún muy bien porque, desplegué el teclado y contesté con un simple << *Si* >>. A continuación, deposité

de nuevo el teléfono sobre la mesita y apoyé la cabeza en la almohada. Apenas me había tapado con las sábanas cuando la pantalla volvió a encenderse iluminando el techo de mi habitación. Una vez más, alargué el brazo hacia el teléfono. En esta ocasión estaba decidido a apagarlo. No sé decir si fue la oscuridad que me rodeaba, la hora que era o el hecho de estar sólo en mi casa, pero la frase que apareció en la pantalla me generó cierta inquietud: << *¿Podríamos quedar?* >>. Aunque tenía claro que no iba a continuar la conversación, no pude evitar pulsar sobre el perfil del usuario para obtener información de la persona con la que estaba interactuando en mitad de la noche. Lo que vi, lejos de tranquilizarme, me descolocó si cabe un poco más. Puede parecer absurdo, pero, en el fondo, soy esa clase de persona que cuando la cuenta del comprador carece de datos desconfía en el acto. Para ser más preciso diré que en su historial no había compras ni ventas realizadas (evidentemente no tenía reseña alguna), que el círculo donde debería estar su foto aparecía en blanco, que carecía de ubicación y que su único aspecto verificado era un correo electrónico que ni siquiera salía reflejado. Si a todo lo anterior le sumamos que habían transcurrido seis años desde que el usuario se diera de alta, el resultado final era cuanto menos desconcertante. Fue en ese preciso momento cuando tomé la decisión de ignorar el último mensaje, apagar el móvil y continuar durmiendo. Por desgracia, y como ya estarás imaginando si has decidido leer esta publicación, la cosa no acabó ahí. A la mañana siguiente, me levanté habiendo olvidado el “incidente” ocurrido durante la noche. Como cualquier día normal, salí de la cama y me preparé una taza de café aprovechando que no entraba a currar hasta las dos. La costumbre de tomarlo mirando el móvil hizo que recogiera el teléfono que había dejado sobre la mesita. Bastó encenderlo para descubrir el pequeño globo rojo que descansaba sobre la aplicación de compra y venta. En un primer momento, di por hecho que sería la típica notificación que se refleja cuando otro usuario coloca en su lista de favoritos alguno de los artículos que tienes publicados, pero estaba equivocado. Al pulsar sobre el icono, la pantalla con los mensajes recibidos se abrió mostrando las conversaciones más recientes. En la parte superior se encontraba la que mantuve con el usuario de madrugada. Tras comprobar que me había vuelto a escribir pese a haberlo ignorado, supe que había tomado la decisión correcta. Todo parecía indicar que se trataba de un pesado al que no debía dar bola. Aun así, accedí al chat para comprobar con incredulidad que aquel desconocido se había dedicado a enviar el mismo mensaje una y otra vez a lo largo de la noche: << *¿Podríamos quedar? ¿Podríamos quedar? ¿Podríamos quedar? ...* >>. La frase aparecía repetida hasta en doce ocasiones. Lo más curioso era que en los doce venía reflejada la hora a la

que habían sido recibidos y el último marcaba las diez y cuarto, por lo tanto, lo había mandado tan solo unos minutos antes de que yo mirase la aplicación. Nada más descubrir la ristra de mensajes que me había dejado, desplegué la pestaña de opciones, bloqueé al usuario y eliminé la conversación. Lógicamente, esa no era la primera vez que bloqueaba a alguien por tener un comportamiento extraño o sospechoso. Si utilizas o has utilizado este tipo de aplicaciones, probablemente te habrás encontrado con personajes de todo tipo. Ésta, al igual que otras redes sociales, no deja de ser en parte un reflejo de nuestra sociedad y, como es comprensible, entre la gente que la conforma hay de todo. Aun así, la sensación que me produjo aquella peculiar conversación fue distinta. Claro que he tropezado con pesados. Por supuesto que he dado con jetas, chalados y gilipollas. Sin embargo, esta vez había sido diferente. Esa manera de insistir a lo largo de toda la noche sin obtener respuesta me hizo pensar que estaba tratando con otro tipo de persona. En ese momento quise creer que era el típico *fumao* que, echándose unos porros con los colegas, decide vacilar al primero que se cruza en su camino, en este caso, a través del teléfono móvil. Sólo el tiempo me haría ver lo equivocado que estaba... Ahora que repaso lo escrito, empiezo a pensar que me estoy extendiendo más de la cuenta. Se de sobra que, en la actualidad, la dopamina que nos atrapa en nuestro día a día por culpa de los dispositivos electrónicos hace que casi nadie sea capaz de leer más de tres líneas de texto sin perder el interés. Aunque lo más acertado hubiese sido hacer un video vertical o un audio explicándolo todo, no sólo siento la necesidad de contar los hechos sin dejarme ningún detalle tanto a modo de desahogo propio como de ayuda para quien lo lea, sino que, además, me da miedo que un video pueda facilitar mi localización. Es tal mi paranoia que hasta temo que en una nota de voz se perciban sonidos que delaten mi ubicación actual... pronto entenderéis que tengo motivos suficientes para creerlo. Los días pasaron y poco a poco me fui olvidando del suceso. No dejaba de ser la típica anécdota que utilicé para contar a los compañeros del trabajo durante la jornada con intención de hacerla más amena. Y justo cuando llegué a la conclusión definitiva de que un gracioso había topado por pura casualidad con el anuncio de mi novela gráfica y había tomado la decisión de pasar una noche entera molestando, se produjo el segundo contacto. Aunque no lo hizo con la misma cuenta, dado que la otra estaba bloqueada, el modo de actuar fue el mismo. No recuerdo bien la hora exacta, pero también era por la noche. Puede que fuese algo más temprano que la vez anterior puesto que yo seguía despierto, de hecho, aún estaba en el salón cuando sonó la alerta del teléfono: << *¿Está disponible?* >>. Ver exactamente la misma e incomprensible pregunta en el anuncio de la novela gráfica me sorprendió. Sin

perder un instante, hice un nuevo trabajo de investigación y accedí a los datos del perfil que acababa de escribirme. Una vez más se trataba de una cuenta sin reseñas, sin imagen y sin datos. No obstante, lo más sorprendente fue comprobar que la fecha de alta tenía otra vez más de seis años. Comprender que podía encontrarme ante el mismo idiota de la semana pasada me provocó tal enfado que abrí el chat de golpe: << *Oye tío, ya vale con el juego este que te traes, no tiene ni puta gracia. Deja de molestar* >>. Nada más enviar el mensaje, la aplicación indicó que el receptor lo había leído. Durante varios segundos permanecí inmóvil observando la pantalla de mi teléfono hasta que finalmente llegó la respuesta: << *¿Quién ha dicho que esto sea un juego?* >>. El hecho de estar hablando por medio de una aplicación con una persona que probablemente se encontraba al otro lado del país, no evitó que sintiese un pequeño escalofrío ante aquellas palabras por la forma en la que habían sido escritas. Siempre me he caracterizado por ser desconfiado y algo aprensivo a la hora de llevar los enfrentamientos, así pues, tomé la vía rápida del bloqueo y borré el chat nuevamente. Si se trataba de un gracioso, pasaba de darle pie y si era un lunático, prefería evitar una conversación sin sentido que pudiese derivar en algo mucho peor. A partir de ese instante hice lo que cualquiera haría en mi lugar e intenté contactar con los administradores de la plataforma para buscar soluciones definitivas. Pese a que sólo habían sido un par de situaciones molestas, algo me decía que volvería a suceder y prefería evitarlo. Lamentablemente, la atención al cliente en este tipo de aplicaciones suele estar gestionada con inteligencias artificiales y no tuve forma de contactar con un operador al que exponer la situación. Por mucho que quisiera, las únicas medidas que pude adoptar (y que la IA se tomó la molestia de repetirme en numerosas ocasiones durante nuestra conversación) eran exactamente las que ya había llevado a cabo: bloquear y denunciar al usuario. Como es lógico, el resultado de las mismas fue el esperado y, pasados unos días, el patrón volvió a repetirse: cuenta con foto en blanco, sin reseñas, compras ni datos, una misma fecha de creación y el mensaje nocturno habitual de << *¿Está disponible?* >>. Viendo que las medidas adoptadas no iban a solucionar el problema, opté por mantener una conversación fingiendo que nada raro había pasado hasta la fecha y me limité a contestar: << *Si* >>. A continuación, recibí el esperado: << *¿Podríamos quedar?* >>. Teniendo claro que por nada del mundo pensaba verme cara a cara con ese personaje después de todo lo ocurrido, contesté: << *Dudo que vivamos en la misma ciudad, pero puedo hacer envíos sin problema* >>. Pocos segundos después, apareció su respuesta en la pantalla: << *Usted vive en S\*\*\*\*\*, ¿me equivoco?* >>. Reconozco que me quedé helado al ver el nombre de mi ciudad escrito en la pantalla.

Estaba tan nervioso que tarde varios minutos en comprender que la localidad salía reflejada en la información pública de mi perfil. Evidentemente, mentí: << *Ya no vivo allí, me mudé hace unos años y no lo he cambiado en la info, lo siento. ¿Sigues interesado?* >>. Los minutos fueron pasando sin que llegase ningún mensaje más. Ver que transcurría una hora y el chat continuaba en silencio me hizo sentir estúpido tras haberme preocupado más de la cuenta con algo que una sencilla conversación había bastado para solucionar. En realidad, también sentí cierto alivio al haberme quitado de encima a aquel pesado. O al menos, eso creí... cuando estaba a punto de irme a dormir, el teléfono móvil volvió a sonar. Esta vez no era un mensaje de texto, sino una fotografía que el usuario anónimo había compartido por el chat de la conversación. Al abrirla pude comprobar que la imagen consistía en una captura de mi cuenta de Instagram donde podía verse la última foto subida. En ella se me veía posando en modo *selfi* junto al ayuntamiento de S\*\*\*\*\* con una amiga. El muy hijo de puta había rodeado con un círculo rojo la anotación al pie donde podía leerse: *hace 3 horas*. Jamás hubiese imaginado que la cuenta de una red social abierta de manera pública derivaría en una situación como la que estaba viviendo. Me puse tan nervioso que no supe cómo reaccionar. Pero no hizo falta. Fue él (o ella) quien volvió a escribir: << *Me ha mentido y no me gusta que me mientan* >>. Nada más leer el mensaje, tuve el impulso de desplegar la pestaña donde se encontraba la opción de bloqueo. Después pensé que podía mentirle una vez más y decir que se había equivocado y que esa cuenta no era la mía. Mi mente daba vueltas intentando entender como ese pirado había conseguido localizarme. En la aplicación por la que estábamos conversando sólo se reflejaba mi nombre de pila. Además, por imagen de usuario tenía una simple fotografía de la estantería donde por esa época acumulaba los libros. En mis redes sociales había fotos de mi cuarto en las que quizás podía verse dicha librería, pero llegar hasta a mi por un detalle tan ínfimo parecía imposible o al menos, muy improbable. Teniendo en cuenta todo lo anterior, caí en algo que hasta entonces había pasado por alto; podía tratarse de alguien conocido. La semana pasada había contado mi incidente con el usuario fantasma a varios compañeros de trabajo. No parecía descabellado pensar que algún gracioso del curro hubiese tenido la genial idea de gastarme una broma conociendo la historia o, al menos, prefería quedarme con esa opción frente a la de un lunático capaz de localizarme a través de una simple fotografía. Con esto en mente, opté por seguirle el juego: << *Muy bien, me has pillado. Me daba pereza moverme, sinceramente* >>. Y añadí: << *¿Dónde quieres quedar?* >>. Al cabo de unos segundos llegó la respuesta: << *Mejor dígame usted donde prefiere que*

*tengamos el encuentro >>*. Aunque no tenía la más mínima intención de acudir al “encuentro”, pasó por mi cabeza la posibilidad de dar una lección al bromista en cuestión, por eso escribí: << *Imagino que conoces el aparcamiento que hay junto al centro comercial de V\*\*\*\* \*\*\*\*. Si te parece bien, podemos quedar allí mañana por la noche, sobre las once. Tengo que trabajar y no salgo hasta las diez y media >>*. El lugar que le había indicado era un punto bastante alejado de la ciudad al que sólo se puede acudir en coche o en autobús. Si por algún motivo mi “amigo el gracioso” pretendía dar continuidad a su vacile, al menos tendría que perder su tiempo en desplazarse y, en caso de hacerlo, descubrir que yo no estaba allí y que le había pillado. << *Perfecto, a las once estaré allí >>*, se limitó a contestar. Satisfecho por el resultado de la conversación y creyendo haber cazado al cazador, me fui a la cama. A la mañana siguiente, después de llevar a cabo mi rutina habitual de café, gimnasio, recados, ducha y comer, me fui a trabajar. Estando en la oficina tanteé a uno de mis compañeros para ver si era el artífice de la broma y ahorrarle el paseo nocturno hasta el centro comercial. Al ver su cara de incompreensión, decidí explicarle todo lo ocurrido. Nada más ponerle al corriente, me preguntó si quería que fuese él en mi lugar ya que vivía fuera de la ciudad y debía pasar con el coche junto al centro comercial de camino a casa. Viendo el especial interés que tenía por descubrir cuál de nuestros compañeros era el cabrón que había querido tomarme el pelo de esa forma, le dije que sí. Cuando llegó la hora de marcharnos a casa y nos despedimos, le pedí que me escribiese para contármelo todo. Ya en mi piso cené tranquilamente mientras lanzaba miradas al móvil a la espera de noticias. Al ver que pasaba una hora y seguía sin escribirme, le mandé un mensaje por WhatsApp: << *Recuerda, aparcamiento de V\*\*\*\* \*\*\*\*. No me falles, sigo esperando >>*. El doble *check* gris que apareció junto al texto me indicó que le había llegado y no lo había leído. Dando por hecho que estaba conduciendo y no podía contestar, me lavé los dientes y me eché en la cama a leer un rato. No llevaría más de veinte minutos recostado cuando el teléfono vibró sobre la mesita. Impaciente por saber lo ocurrido me estiré hacia el móvil y deslicé el dedo sobre la pantalla. En ella apareció una notificación y no era de WhatsApp: << *¿Por qué no ha venido? >>*. Una vez más, pulsé sobre la alerta y abrí el chat de la aplicación de compra y venta. << *¿Acaso pensabas que iba a caer en la broma? >>*, contesté. La respuesta no se hizo esperar: << *Esto no es una broma. Será mejor que no vuelva a engañarme. A partir de ahora hará lo que le pida o tendrá serios problemas... >>*. Viendo que mi hostigador no parecía dispuesto a ceder, abrí de nuevo WhatsApp y comprobé que mi compañero seguía sin responder al mensaje. A falta de información para desmontar la

broma y cansado después de pasar la mitad del día trabajando, opté una vez más por bloquear y borrar la conversación antes de silenciar el teléfono e irme a descansar. Lógicamente, en la vida hubiese imaginado lo que me depararía la mañana siguiente. Apenas me hube levantado, encendí el móvil desconcertado por los cientos de mensajes pendientes que había en mi WhatsApp; sin duda alguna, el grupo con más interacciones era el del trabajo. No fue necesario un examen muy minucioso para descubrir que todos hablaban de lo mismo. Al parecer la noticia había abierto los titulares de periódicos e informativos locales. Extrañado, pinché sobre uno de los enlaces. Bajo una fotografía donde se veía el plano general del aparcamiento de un centro comercial custodiado por la policía, se podía leer el siguiente titular: *UN VECINO DE M\*\*\*\*\* APARECE DESCUARTIZADO EN LAS INMEDIACIONES DEL CENTRO COMERCIAL DE V\*\*\*\*\* A LAS AFUERAS DE S\*\*\*\*\**. Noté que mis piernas se doblaban y me dejé caer en el suelo. Allí sentado, con la espalda apoyada en la cama, leí la noticia sin dejar de temblar. Según apuntaba el periódico, alguien había asesinado y desmembrado a un joven antes de dejar sus restos cerca del aparcamiento. Según indicaba el periodista, pese al video que ya circulaba por redes donde se podía ver la toma de una cámara de seguridad bastante alejada, no se había podido identificar al autor de los hechos, pero sí a la víctima gracias a la matrícula del vehículo en el que había llegado al lugar: era mi compañero. La cabeza me latía con tanta fuerza que parecía a punto de explotar. No sé calcular cuanto tiempo pasé tirado en mi habitación inmovilizado por el más absoluto horror. Mi mente no dejaba de imaginar el cuerpo desmenuzado de mi amigo. El hecho de haber estado a punto de morir a manos de un pirado me aterraba... pensar que había enviado a un compañero en mi lugar, lo hacía aún más. Cuando por fin conseguí recuperar en cierto modo la cordura, miré hacia mi mano y descubrí que aun sostenía el móvil. Lo alcé hacia mí con la única intención de llamar a la policía. Al pulsar sobre la pantalla, ésta se iluminó mostrando una alerta con un mensaje superpuesto: << *Tengo el móvil, no olvide que los dos estamos metidos en esto* >>. Por supuesto había sido enviado desde una cuenta sin datos a través de la aplicación de compra y venta usando el enlace de la novela gráfica. Mi corazón latió desbocado. Con lagrimas en los ojos accedí al que sin duda alguna era un nuevo chat con el asesino de mi amigo. El texto de la notificación venía acompañado por una fotografía donde se veía un teléfono móvil con la aplicación de WhatsApp abierta. No tardé mucho en reconocer el mensaje que mostraba: << *Recuerda, aparcamiento de V\*\*\*\*\* \*\*\*\*\*. No me falles, sigo esperando* >>. Noté que me ahogaba. Acababa de comprender que me encontraba a merced de un auténtico sicópata. Ese cabrón no sólo

tenía el mensaje que yo le había enviado a mi amigo citándole en el punto donde se produjo el asesinato, sino que, además, yo había cometido la estupidez de borrar todas y cada una de las conversaciones que habíamos mantenido hasta entonces haciendo imposible explicar con pruebas lo sucedido. Recuerdo que pasé todo la mañana acurrucado en el suelo sin saber muy bien que hacer. Aunque la idea de llamar a mi trabajo y alegar una posible enfermedad para quedarme en casa resultaba tentadora, después de lo sucedido sería centrar el foco en mí y la policía no tardaría en hacer preguntas. A esas alturas era probable que ya hubiesen contactado con la oficina para reconstruir los últimos pasos que había dado la víctima. Si quería evitar que aquel loco hijo de puta me inculpase, debía actuar con tanta normalidad como fuera posible. Aun me tiemblan las manos cuando me acuerdo del inspector de policía que sujetando una libreta me hizo todas aquellas preguntas. Pasé las siguientes semanas completamente acojonado. Cada vez que oía un ruido en casa, en la calle, en el trabajo o simplemente llegaba un mensaje al teléfono móvil, el estómago se me encogía. Como es lógico, borré todas las aplicaciones del móvil; darlas de baja después de lo ocurrido hubiese llamado demasiado la atención. Sin embargo, todo parecía indicar que el sicópata con el que había tenido la mala suerte de cruzarme en el camino prefería no revolver la situación y se había dado por satisfecho después de dar rienda suelta a su demencia con impunidad. A partir de entonces, el tiempo transcurrió en relativa calma pese a la tortura que para mí supuso el hecho de no actuar por miedo a las consecuencias que sin duda me acarrearía la denuncia, aun sabiendo que lo correcto hubiese sido ayudar en la investigación e intentar detener al asesino. Cuando la policía dejó de husmear por falta de pruebas y las aguas volvieron a su cauce, pedí la cuenta en el trabajo, hice las maletas y sin decir nada a nadie, abandoné la ciudad en la que había vivido los últimos años. Creo que es fácil comprender (o al menos eso espero) lo complicado que ha resultado para mí gestionar todo lo ocurrido. Dejar mi trabajo, mi casa y lo que era mi vida en general, fue un paso realmente difícil cuyo único fin era intentar olvidar lo ocurrido y poner tierra de por medio con el asesino. No me ha llevado mucho tiempo darme cuenta de que las cosas no siempre son tan sencillas. Hoy, mientras cenaba con la televisión encendida, he visto que emitían una especie de reportaje en el que trataban el tema de la ciberdelincuencia. En una sección del programa se desarrollaban esos casos en que los delincuentes se aprovechan de las redes sociales para llevar a cabo desde estafas económicas hasta toda clase de delitos sexuales. Al ver que aludían a distintos usuarios que, haciéndose pasar por una persona interesada, utilizaba las aplicaciones de compra y venta para solicitar a distintas mujeres fotografías

probándose prendas de vestir desde cuentas con perfiles sin datos, no he podido evitar que los recuerdos aflorasen de nuevo. Y, por supuesto, me he sentido mal. Según he terminado de cenar he cogido el portátil y he buscado información. Aunque no he encontrado demasiado, si he localizado dos mensajes que me han puesto los pelos de punta. Ambos pertenecían a foros o webs de consultas y tanto el uno como el otro preguntaban si una cuenta sin reseñas ni datos que les había escrito interesándose de manera insistente por un producto podía tratarse de un comprador fiable o de una estafa. Lo peor ha sido comprobar que uno de ellos transcribía la conversación mantenida con el usuario. Ver que había comenzado con un <<¿Está disponible? >> me ha helado la sangre. No sé cuánta gente habrá pasado por una situación similar a la mía sin que nadie tenga conocimiento de lo que realmente está ocurriendo. Me aterra pensar que ese asesino pueda seguir suelto por mi culpa. Quizás no soy más que un cobarde reconvertido en el cómplice de un maníaco, pero como ya dije al principio de esta entrada, si las palabras que dejo aquí escritas sirven para evitar que otra persona caiga en manos de un sicópata oculto tras un chat, al menos sentiré que no he permanecido totalmente de brazos cruzados. Puede parecer un gesto intrascendente que quien lo lea seguramente pasará por alto, pero también podría parecerlo un sencillo mensaje recibido desde una cuenta con una foto en blanco sin reseñas ni datos a través de una simple aplicación de compra y venta para artículos de segunda mano.